



Guillem Martí

¡Quemad Barcelona!



DESTINO

Barcelona, lunes 16 de enero de 1939

Aunque anocheció hace un buen rato, el *conseller* de Obras Públicas de la Generalitat, Miquel Serra i Pàmies, continúa al pie del cañón, en su despacho de la plaza de la República. La atmósfera que impregna la habitación es una mezcla de humo de tabaco negro, sudor y nervios. Muchos nervios. Sobre la mesa, sepultada bajo una tonelada de papeleo, el *conseller* tiene la edición del día de *La Vanguardia*. «El enemigo ha sido enérgicamente contenido en el Norte y mantiene la presión en el sur», asegura el titular del periódico. Miquel ha aprendido hace tiempo que *enérgicamente contenido* es el eufemismo que usan los redactores de los partes de guerra republicanos cuando quieren decir que las tropas del Ejército Popular se mantienen en sus posiciones de milagro. Si ya corren como conejos delante de los moros, entonces se utiliza lo de: «al cierre de este parte continuaban los combates con enorme violencia». Menos mal, pues.

Miquel enciende el enésimo pitillo del día. En los últimos meses ha ido incrementando el consumo de tabaco hasta haber perdido la cuenta de cuántos se fuma al final de la jornada. Ahora centra la atención en las palabras que brotan del receptor de radio que hay en un rincón. Desde las ondas, una joven dirigente de las JSUC, Teresa Pàmies, trata de convencer al pueblo de que se movilice para resistir el avance fascista. Lo hace con toda la vehe-



mencia y la pasión que sólo puede proporcionar la juventud. Miquel la conoce personalmente, de habérsela encontrado muchas veces en el Hotel Colón, una de las principales sedes del PSUC en Barcelona. Una muchacha honesta, convencida, muy válida, con quien comparte ideales, acento a la hora de hablar e, incluso, apellido, aunque no parentesco. Existe, sin embargo, una diferencia insalvable entre ambos: Teresa aún cree en la victoria y es capaz de arengar al pueblo para azuzarlo a las trincheras.

Él, ya no.

Cada día esta más convencido de que la República agoniza, herida de muerte. Un cadáver que todavía respira, anda y lucha, pero que sólo espera a recibir el tiro de gracia para poder desplomarse de una vez.

Ese mismo día los periódicos han publicado la noticia de que el gobierno del doctor Negrín ha tomado la decisión de movilizar las quintas desde el año 1915 y suspender todas las prórrogas que se habían concedido hasta entonces. Otra medida desesperada que no servirá para cambiar el curso de la guerra, pero que alargará todavía un poco más la ya interminable lista de bajas.

Miquel suspira y apaga la radio a medio discurso. Ya ha tenido suficiente. Además, tiene que irse si no quiere llegar tarde. Está citado a una reunión del más alto nivel en el Casal Karl Marx, la antigua y majestuosa sede del Círculo Ecuéstre que se levanta en el paseo de Pi i Margall, entre Consell de Cent y Diputació, construida por el empresario Albert Russinyol en el 20 y que el partido requisó para el pueblo en julio del 36.

Todavía recuerda, como si hubiese sido ayer, la sensación de triunfo que le invadió una semana después de la expropiación. Cuando se paseó alrededor de la gran piscina de estilo romano, que era la joya de la corona del edificio, contemplando cómo docenas de jóvenes vestidos con monos de miliciano violaban alegremente la





santidad de los exclusivos cuartos de baño, el lujoso gimnasio, la selecta sala de esgrima o la enorme sala de juntas con vestíbulo imperial, de estilo renacentista, que hasta entonces habían estado reservados únicamente para los prohombres más adinerados de Barcelona.

Una sensación maravillosa que sabe que no volverá a repetirse.

Baja hasta el patio del Palau donde lo espera un coche con chófer. Le da la dirección y el hombre responde con un ademán de asentimiento. Llegarán enseguida.

El elegante Citroën 11, conocido popularmente como *pato* porque es bajo y espatarrado como ese animal, sale lentamente por la puerta principal, atraviesa una plaza de la República semidesierta hasta Fivaller y, desde allí, toma la rambla en dirección montaña.

Sombrío, Miquel ve pasar Barcelona a través de la ventanilla. Lo que hay al otro lado es una ciudad exhausta. Aterrorizada por las bombas que caen cada vez más a menudo y martirizada por un hambre perenne, que no sólo retuerce el estómago, sino también el alma. Nada que ver con la metrópoli alegre y llena de energía y de coraje que se encontró al llegar por primera vez desde Reus, hace casi quince años. Entonces acababa de romper con su padre, un hombre severo, intransigente y adinerado, hijo del antiguo régimen, de quien se había ido distanciando poco a poco hasta no ser capaz ni de convivir bajo un mismo techo. «Si te vas, no te molestes en volver», lo había amenazado la última vez que se vieron. «Espérame sentado», había respondido él, rechinando los dientes.

Y no había mirado atrás.

Sólo lamentó haberse perdido la cara que debió poner el viejo el día que se enteró de que se había afiliado a la USC. ¡Un hijo suyo, a quien había pagado los estudios de comercio para que continuase con el negocio familiar, mezclado con la escoria socialista! ¡Adónde hemos ido a parar!





Pero es que él creía firmemente en los principios del partido: socialismo reformista, derecho a la autodeterminación catalana y justicia social, tal y como proclamaba su órgano de difusión. Y también había creído, quizá con más reservas, en el proceso que en julio del 36, sólo cuatro días después de haber sofocado el levantamiento faccioso, los había llevado hasta el bar del Pi de Barcelona para fusionarse con el Partido Comunista de Cataluña, el Partido Catalán Proletario y la Federación Catalana del PSOE, y fundar el PSUC.

También recordaba, como si fuese ayer, la efervescencia de aquellos días, la esperanza y la convicción de que, ahora sí, había llegado la hora del pueblo.

Hoy, sin embargo, todo aquello ya no eran más que promesas incumplidas y que no se cumplirían jamás.

El coche remonta las Ramblas hasta desembocar en la plaza de Cataluña, donde tampoco se ve ni un alma. Barcelona vive un invierno especialmente crudo. Quien más quien menos ya le ha echado a la estufa todo lo que podía quemarse, para calentarse un poco. Pero el combustible prácticamente se ha agotado, y la gente ya pasa bastante frío en casa como para aventurarse por las calles en plena noche sin tener un motivo muy poderoso. Tan poderoso como las sirenas que ululan cada vez más a menudo y que empujan a los barceloneses a correr al refugio, dejándolo todo atrás y rezando para poder llegar antes de que empiecen a estallar las bombas.

Miquel nota el regusto agrio de la derrota embadurándole la garganta y amenazando con extenderse a las entrañas. Todas las esperanzas del 36, toda la sangre derramada, todos los sacrificios pedidos al pueblo... ¿Para qué? Tiene suficientes ojos, oídos y entendimiento como para darse cuenta de lo que pasa a su alrededor. En el Palau de la Generalitat hace días que sólo se piensa en qué se llevarán cuando salgan para Francia, y en qué dejarán atrás, convertido en cenizas. Nadie se preocupa ya





por cómo mejorar la productividad de la industria, mantener el esfuerzo de guerra y abastecer a las tropas que continúan desangrándose en los frentes de Lleida y Tarragona. Y desde que en septiembre Chamberlain y Daladier se bajaron los pantalones en Munich ante los malditos Hitler y Mussolini, y en noviembre se hundió definitivamente el frente del Ebro, nadie cree, tampoco, en la posibilidad de ganar la guerra.

Y, a pesar de todo, se continúa exprimiendo con obstinación lo poco que aún queda. A Miquel todavía lo persigue la imagen de un soldado muy joven con quien se topó durante su última visita al frente del sur, hace un par de semanas. Un chaval de no más de veinte años, sollozando en silencio en una trinchera, con un fusil sin balas entre las manos. El muchacho oyó que se acercaba alguien y levantó los ojos, casi sin ánimo. Al ver que era un hombre trajeado hizo un esfuerzo para incorporarse y levantó el arma inútil, para mostrársela al visitante. «¿Qué queréis que haga, con esta mierda?», le escupió con el odio que debería haber reservado para los que estaban al otro lado de la tierra de nadie. «¡Hace dos días que no tengo ni una puta bala! ¿Cómo esperáis que los pare, cuando se decidan a venir? ¿Cagándome en su padre?» El chico arrojó el Máuser a los pies de Miquel. «Toda la culpa es vuestra», le había reprochado con aquella mezcla aterradora de agotamiento y desprecio. «¡Vuestra! Nos hemos dejado la vida aquí, por la República, y vosotros sólo habéis sido capaces de pelearos entre vosotros, como perros que se disputan un hueso sin carne. ¡Debería acabar con todos vosotros una bomba facciosa! Pero no lo hará, ¿verdad? Se me llevará antes a mí, como ya se ha llevado a mis dos hermanos.» Después, vencido por un cansancio mortal, había vuelto a acurrucarse dentro de su pozo de tirador, ignorando por completo a aquel hombre que no había sido capaz de pronunciar ni una sola palabra.

No había superado aquel encuentro. Y aún hoy,





cuando cerraba los ojos, lo asediaba aquella mirada llena de menosprecio que lo hacía, a *él*, personalmente responsable de la hecatombe que estaba a punto de inmolarnos a todos.

No había sido capaz de decirle nada a aquel chico, que ya debía estar muerto.

¿Qué se le responde a alguien que te increpa con tanta lucidez?

¿Cómo se pide perdón por algo que ni tú mismo eres capaz de perdonarte?

La falta de respuestas lo tortura. Y, mientras el coche se acerca a su destino, vuelve a sentir ese impulso que cada día le cuesta más reprimir. El que lo urge a abandonar una causa perdida para correr junto a Teresa, su esposa, la mujer a quien ama más que a su propia vida, para salvarla del peligro que los amenaza, cada vez más inminente.

Cuando menos, no fallarle también a ella.

Pero en lugar de hacerlo frente a la modesta pensión que Teresa heredó de sus padres, en la ronda de la Universidad, donde ella lo espera cada noche, el Citroën termina frenando delante del número 38-40 del paseo de Pi i Margall. Justo bajo el segundo de los tres enormes ventanales, en forma de herradura y flanqueados por columnas, que distinguen el Casal Karl Marx de los otros edificios señoriales que lo rodean.

Entra en el vestíbulo suntuoso —techos abovedados, capiteles corintios, pasamanos de mármol—, saludando a los dos hombres que montan guardia cerca de la puerta, tras una mesa demasiado humilde para aquel santuario consagrado al lujo. Lo conocen de sobra, y lo dejan pasar, escaleras arriba, murmurando apenas un saludo de rigor. Con la que está cayendo, nadie está para demasiadas efusiones. Miquel se adentra en aquel templo de la clase que el partido se había propuesto destruir, preguntándose a qué obedece tanto secreto. Está seguro de





que lo aguarda sólo una más de la interminable serie de reuniones absurdas a las que ha tenido que asistir en los últimos días. Citas cuyo objetivo no parecía ser otro que el de ayudar a convencer a quienes las convocaban de que la situación todavía era reversible. Se habla de convertir Barcelona en un segundo Madrid para las fuerzas de Franco. En la segunda tumba española del fascismo. En el último bastión, inexpugnable, de la República.

Bobadas.

No hay peor ciego que el que no quiere ver, piensa. Después de más de quince años, conoce la ciudad como si hubiera nacido en ella. Y, o los sentidos lo engañan, o allí no queda nadie dispuesto a hacer aún más sacrificios para salvar a aquella pobre República de los enemigos que ya le han puesto el cuchillo en la garganta. Pero los líderes del PCE no quieren ni oír hablar de nada que no sea resistir, resistir y resistir. Y, en esa tesitura, el PSUC, como miembro de la Internacional Comunista en Cataluña, no puede enarbolar otra bandera que la que agitan con ceguera casi fanática sus *camaradas* españoles. Bastante les ha costado ya que Moscú hiciese una excepción con el caso catalán y aceptase, por primera vez en todo el mundo, tener dos partidos diferentes en un solo estado. Lo último que pueden permitirse es darles munición a quienes, desde su propia trinchera, sólo esperan el momento oportuno para quitárselos de encima.

Nada haría más felices a los camaradas del PCE y a los representantes de la Internacional Comunista, con el maquiavélico Ercoli al frente, que ver al PSUC siguiendo el mismo destino que le reservaron al POUM. Aún más: si el italiano ese del demonio pudiera elegir entre pegarle un tiro en la cabeza a la mayoría de los miembros de la cúpula de su partido o a los del gobierno faccioso de Burgos, no está nada seguro de en qué dirección preferiría apuntar el cañón del arma.

Mientras se dirige a la biblioteca, donde ha sido con-





vocado, Miquel no duda que aquel encuentro será otra oportunidad para sus buenos amigos españoles de reprocharles la falta de compromiso con la causa del comunismo internacional. Y de instarlos una vez más a hacer lo imposible para movilizar a las bases de su partido y convertir Barcelona entera en la última trinchera de aquella guerra perdida. ¿No sois tan influyentes en vuestro rinconcito de mundo y tenéis tantos afiliados? ¿No es ése el único motivo por el que Moscú os tolera y permite que no os supeditéis al aparato del PCE, como deberíais? ¡Pues que se note!

Lo que no le cuadra es que la reunión sea allí y no en el Colón, como cabría esperar. Pero si aquella preferencia por escenarios inusuales fuese lo único que lo separase de los comunistas españoles, entonces todo sería coser y cantar.

Apenas pone un pie en la biblioteca se da cuenta de lo equivocado que estaba.

Sentado junto a una mesa de roble macizo, en aquel aposento, lujoso hasta la obscenidad, con las paredes forradas de madera noble y que sería el sueño de cualquier lector, le espera Joan Comorera secretario general del partido y artífice del reconocimiento del PSUC por parte de Moscú después de un audaz viaje a la URSS para explicárselo a Stalin en persona. También está Rafel Vidie-lla, otro de los miembros de la cúpula del PSUC, éste de los más cercanos al PCE. El cuadro lo completan un militar de aspecto cansado, con galones de capitán, que es presentado simplemente como el camarada Julián, y los no menos camaradas Luis y Cipriano, los dos enlaces habituales con el SIM, el Servicio de Información Militar, controlado por los comunistas desde 1937, cuando lo puso en sus manos el cultivado y seductor Gustavo Durán.

Miquel tuerce el gesto mientras cierra la puerta. Y no sólo por la presencia de aquellos dos hombres, con quienes es público y notorio que no se lleva nada bien. Tam-





bién porque en aquel tipo de reuniones suele haber mucha más gente, y de diversas tendencias. Pero allí sólo están los tres representantes del PSUC en el gobierno de la Generalitat, los dos enlaces con los comunistas españoles y aquel uniformado del todo fuera de lugar en un cónclave como el que se esperaba.

Ése no es el trámite para el que estaba preparado.

Cuando el camarada Cipriano —un tipo moreno y espigado, de frente ancha, ojos ligeramente hundidos y barbilla prominente, que viste camisa blanca, arremangada hasta los codos, y pantalones de franela gris, sujetos con tirantes— empieza su exposición, Miquel necesita pellizcarse para no creer que está sufriendo una pesadilla.

—Las órdenes de Moscú son tajantes —va recitando, con voz monocorde y desapasionada—: Si Barcelona no está dispuesta a resistir, es imperativo que no caiga intacta en manos fascistas. El Komintern lo ha sopesado y ha llegado a la conclusión de que la táctica de tierra quemada es aquí más necesaria que nunca. Pese a la fantochada de Munich, la guerra en Europa es sólo cuestión de tiempo. Meses, acaso. Y cuando estalle, España será, no lo dudéis, un teatro de operaciones absolutamente estratégico. Si la ciudad no aguanta, no hay que dejarle a Franco nada que pueda aprovechar para usarlo luego contra nosotros. Nos tocará el penoso deber de destruir todo aquel equipamiento que sea imprescindible para la vida cotidiana. Y con esto me refiero a producción de electricidad y energía, instalaciones portuarias, transportes y comunicaciones, alcantarillado y agua potable e, incluso, servicios hospitalarios y de sanidad.

Miquel no se cree lo que oye. Mira disimuladamente a sus compañeros de partido, esperando detectar en ellos algún tipo de reacción que delate el mismo horror que lo invade a él. Pero si los otros lo sienten, lo disimulan





aún mejor que él. Vidiella, repeinado, de cara redonda, ojos miopes y boca pequeña, no mueve ni una ceja mientras se traga aquella sarta de barbaridades. Por su parte, el secretario general del PSUC, con las entradas pronunciadas, las mejillas fofas y la mirada arisca, sólo se acomoda de vez en cuando las gafas de cristales redondos sobre el puente de la nariz, mientras asiente con la cabeza.

—El camarada Julián es capitán de ingenieros, bajo el mando directo del teniente coronel Líster —continúa el hombre del SIM como si estuviera hablando de la función del próximo domingo en el Tívoli—. Él nos detallará los pormenores de la operación, que habrá que iniciar con la mayor diligencia.

Al escuchar su nombre, el capitán hace un esfuerzo y se levanta de la silla donde ha estado hundido, sin hacerse notar en absoluto. Es un hombre a medio camino de los cincuenta, con la cabeza afeitada, la papada prolija y los ojos de un gris inteligente. Mal afeitado y pese al pistolón que lleva en la cintura, tiene una de esas caras que proclaman a todo el que quiera darse cuenta que no es mal tipo. Miquel se sorprende pensando que un rostro como ése casaría mucho más con el de un maestro de escuela benevolente que con el de un dinamitero que se dispone a detallar cómo puede volarse por los aires una ciudad entera.

—No nos sobra tiempo ni material —empieza el ingeniero, que parece decidido a ir al grano—. De forma que nos centraremos en la voladura de grandes complejos, como La Canadiense y la estación térmica de San Adrián, lo que dejará a la ciudad prácticamente sin fuerza eléctrica. Haremos saltar también los principales depósitos de agua potable, así como zonas estratégicas del alcantarillado. Pero el elemento crucial del plan son los túneles del metro. Hay estudios que demuestran que, si las cargas se colocan correctamente, puede conseguirse una reacción en cadena que destruya las líneas comple-





tas y provoque grandes derrumbes en determinadas zonas estructuralmente débiles.

Comorera se inclina hacia adelante. Cuando habla, lo hace con aquel tono duro y antipático que le reprochan sus detractores y que le ha reportado tantas antipatías, repartidas a partes iguales entre aliados y adversarios. Le pregunta al militar de dónde piensa sacar los explosivos necesarios para todo aquello.

—Hay miles de municiones de artillería escondidas por los túneles del metro de Barcelona para protegerlas de los bombardeos. Mi unidad puede usarlas fácilmente. Eso no será un problema.

Miquel se da cuenta enseguida de que el tono del soldado es distinto del que empleaba el hombre del SIM. Cipriano ha detallado la necesidad de arrasar Barcelona sin ningún tipo de emoción. Sólo como una necesidad más de la guerra. Julián, sin embargo, tiene un aire más contrito. El del militar acostumbrado a recibir órdenes y acatarlas, a pesar de que no le gusten. Es por eso que Miquel se anima a preguntar:

—Todas esas voladuras... ¿cuánto costarán en vidas de ciudadanos de Barcelona?

—Muchas —suspira el capitán, que es evidente que ha pensado en ello—. Si se hace como es debido, es de esperar que un veinticinco por ciento de la ciudad quede destruida o, en menor medida, afectada. Es difícil de precisar, pero contando los muertos que puedan causar las explosiones, más las que se producirán, seguro, en los meses posteriores como consecuencia del estado en que quedará Barcelona, deberíamos considerar como probables entre cien y doscientas mil bajas civiles.

—Sin duda es muy lamentable —interviene el camarada Luis, un hombre todavía más delgado que su compañero, de rostro chupado, cabellos claros y ondulados, fino bigotito sobre los labios y dedos de pianista, que hasta entonces no había despegado los labios—. Pero no





podemos dejar que eso nos haga temblar el pulso. En esta guerra se han perdido cinco veces más vidas que ésas, y todavía se perderán muchas más en la que está a punto de empezar. Hay que hacerlo, y basta. Son órdenes.

Son órdenes. Como si la unión de aquellas dos palabras, tan inofensivas por separado, fuera capaz de justificar lo injustificable.

Miquel vuelve a mirar a su alrededor. Sabe, por experiencia, que el camarada Luis es quien de verdad lleva la voz cantante y que Cipriano sólo habla porque el otro prefiere observar y escuchar. Su intervención, tajante, lo ha dejado muy claro. Ahora, la pregunta que ha quedado suspendida en el aire de la biblioteca es: ¿qué piensa hacer la cúpula del PSUC? Acatará las órdenes directas del Komintern o demostrará, una vez más, que no es un partido en el que la Internacional pueda confiar, como proclama Ercoli cada vez que tiene ocasión.

El silencio cómplice de sus compañeros de partido deja desconcertado a Miquel. De Vidiella podría haberlo llegado a creer, porque su postura se había radicalizado cada vez más en los últimos dos años y medio y ambos ya habían tenido más de un rifirrafe en las reuniones del comité. El antiguo tipógrafo nunca había sido demasiado partidario de las reivindicaciones nacionales catalanas que habían incorporado al PSUC los miembros de la USC, y creía que quienes, como él mismo, las defendían a ultranza, eran en el fondo una pandilla de chovinistas y pequeño-burgueses. La actitud de Comorera era otra cosa. Conocía a Joan desde el 23 y había sido siempre uno de sus referentes. Era cierto que, igual que Vidiella, se había acercado mucho más a Moscú en los últimos tiempos. Pero le costaba creer que aquel hombre que había ido a la cárcel, junto al *president* Companys, por haber declarado el Estado Catalán en octubre del 34, ahora asistiera, impasible, a la orden de arrasar la capital de su país.





Miquel no puede evitar preguntarse si, ahora que todos atisban la inminencia de la derrota, su antiguo amigo y mentor no estará poniendo por delante de cualquier otra consideración el cobijo que le concederá la URSS cuando tengan que emprender el camino del exilio. El camarada Stalin no es precisamente famoso por su indulgencia con quienes no acatan las órdenes que vienen del Kremlin. Y la de quemar Barcelona viene, precisamente, de allí. Si de lo que se trata es de hacer carrera en la Unión Soviética, sería un muy mal primer paso no acatar aquella decisión estratégica.

El silencio se ha alargado demasiado. El camarada Luis pasea la mirada de un miembro del gobierno de la Generalitat al siguiente. Cada vez parece más impaciente.

De repente, Miquel se escucha a sí mismo diciendo:

—Creo que todos los que estamos aquí coincidimos en que no hay otro camino que cumplir las órdenes del Komintern, por muy dolorosas que sean. Y pienso que lo mejor es que quien se encargue de hacerlo sea alguien con responsabilidad política. Si no tenéis inconveniente, como *conseller* de Obras Públicas, me ofrezco voluntario para ayudar a la unidad del camarada Julián en esta tarea de tanta trascendencia.

Vidiella le dedica enseguida una mirada perpleja. Es evidente que era la última persona que esperaba que se ofreciese como voluntaria para hacer aquello. Pero no se opone. Y Comorera va aún más lejos y apoya, sin dudarlo, la proposición del camarada Serra i Pàmies. Sin duda es el hombre idóneo, y le honra aceptar una responsabilidad como aquélla, en un momento tan negro de la historia. El capitán de ingenieros también está de acuerdo. El asesoramiento del *conseller* de Obras Públicas les puede resultar valioso, puesto que ni él ni sus hombres tienen conocimiento alguno del terreno.

Miquel observa directamente al camarada Luis, tratando de mantener un ademán sereno. El hombre del



SIM sabe de qué pie cojea y es evidente que no está en absoluto entusiasmado con el rumbo que acaba de tomar la reunión. No hay que ser adivino para darse cuenta de que esperaba que fuese Comorera quien se ofreciera para hacer aquello. Pero los ánimos ya están bastante caldeados con el PSUC como para tensarlos aún más con suspicacias de cariz personal. Y, al fin y al cabo, lo que dice Serra i Pàmies no es ninguna sandez: sobre el papel, nadie mejor que él, cuando menos entre aquellas cuatro paredes, para facilitar el trabajo. Miquel casi puede leerle en los ojos la sospecha de que, después de todo, él también pretende labrarse con aquello un futuro confortable en la URSS, cuando todo se derrumbe.

—Muy bien —acaba concediendo—. Mañana mismo el *conseller* y el capitán deberán ponerse manos a la obra. El tiempo apremia y la tarea es enorme. —El hombre mira a ambos lados y sólo encuentra asentimiento—. Pues en este caso, caballeros, si no hay nada más por su parte...

Precisamente entonces, desde el fondo de la habitación les llega el chasquido metálico de un mechero al encenderse. El resplandor naranja de la llama ilumina los ojos árticos de un séptimo asistente, cuya presencia le había pasado totalmente desapercibida a Miquel.

El fumador ha estado todo el tiempo medio oculto entre las sombras, sin pronunciar palabra.

Se le hiela la sangre al reconocer a Yuri Lazarev como el hombre que emerge de la penumbra y se les acerca lentamente, igual que el lobo avanza hacia el rebaño de ovejas, mientras escoge a una con la mirada.

Miquel conoce bastante bien a aquel ruso alto y esquinado, con el flequillo cortado recto sobre la frente, la mirada de un azul magnético y los rasgos esculpados por un artista cruel. Oficialmente, es asesor de la embajada soviética y miembro del Socorro Rojo Internacional, una versión de la Cruz Roja organizada por la Internacional



Comunista que tiene como principales actividades ayudar a los niños de la retaguardia republicana, aportar bibliotecas para los soldados y crear hospitales de campaña en el frente. Cuando era responsable de abastecimientos tuvo que tratarle a menudo. Lo suficiente como para darse cuenta enseguida de que, aunque Lazarev se tomaba muy en serio aquella tarea, no era la única que había venido a hacer a Cataluña. Por encima de todo, Yuri Lazarev era un agente del NKVD, la principal organización de policía secreta de la Unión Soviética. Miquel lo sabía responsable de muchas de las actuaciones del espionaje ruso en la ciudad y siempre había pensado que había sido un personaje clave en la desaparición de Andreu Nin y la desarticulación del POUM, en el 37.

Un tipo muy peligroso. Mucho. Y que, por si fuese poco, compartía abiertamente con Ercoli los recelos sobre la existencia misma del PSUC, al que todavía consideraba como un partido unificado y no auténticamente comunista.

En pocas palabras: el último hombre a quien habría querido ver allí.

Lazarev —que viste camisa y pantalones de campaña oscuros, pero sin distintivos, cazadora de aviador con cuello de lana y botas de militar— camina, elegante, hasta apoyar las palmas de las manos sobre la mesa. Pasea la mirada por el resto de los asistentes, como si fueran un puñado de niños traviosos y él, el jefe de disciplina del colegio. Su tono, sin embargo, es de una cordialidad aterradora cuando se decide a hablar de una vez:

—Me hace feliz que los camaradas del PSUC no pongan objeciones a las órdenes de Moscú. Es una sorpresa muy agradable—. Ahora mira directamente a Miquel. El lobo ha escogido la presa—. En cuanto a usted, camarada Serra i Pàmies, la suya es la sorpresa más grande de todas. ¡Bravo! No dude en contar conmigo para cualquier cosa que pueda necesitar.





Al catalán no se le escapa lo que significa realmente ese ofrecimiento: «No me fío un pelo de ti. Estaré vigilando cada paso que des». Jamás habría pensado que tenía tanta sangre fría cuando consigue responderle:

—Gracias, camarada. Ten por seguro que lo haré. Pero espero no tener que molestarte y poder lograrlo con la ayuda del capitán. Estoy convencido de que en el Socorro Rojo debes de tener muchas otras cosas importantes de las que ocuparte. Vivimos momentos críticos.

Lazarev le enseña los dientes. Quizá una sonrisa, quizá una amenaza. «No te librarás tan fácilmente.»

—¡Oh, por supuesto que las tengo! Muchas. Pero ninguna tan vital como la que tú acabas de aceptar tan valerosamente. Querría que me tuvieras al corriente de vuestros progresos, si no te importa. Esperaré, ansioso, tus informes. *Diarios*.

El ruso no dice nada más. No hace falta. Saluda con una leve inclinación de cabeza al resto de los presentes en la habitación y sale con la decisión de quien todavía tiene mucho por hacer en otra parte.

A Miquel le cuesta un horror contener la arcada que amenaza con subirle desde el estómago al darse cuenta de la enormidad del apuro en el que acaba de meterse, él solito.

Teresa Puig no es exactamente una belleza.

Según cómo se ponga, le saca bastante partido a unos ojos marrones pero vivarachos, una sonrisa que puede llegar a ser encantadora y una melena rojiza que requiere más atención de la que puede dedicarle. Tiene, sin embargo, los dientes demasiado grandes, la piel demasiado blanca y grasa —a veces, incluso brillante— y la delantera demasiado modesta como para poder competir con las guapas de verdad. Las que consiguen sin esfuerzo que los hombres se vuelvan a mirarlas cuando





ellas pasan por su lado o se les acercuen, sumisos, en el entoldado, para suplicarles el próximo baile.

Aun así, Miquel se enamoró de ella a primera vista.

En aquel tiempo, era una muchachita tímida que ayudaba a sus padres con el negocio familiar: una pensión modesta pero agradable y pulcra, en plena ronda de la Universidad. Lavaba la ropa que ensuciaban los huéspedes, aprendía las recetas culinarias de su madre y echaba una mano en todo lo que hacía falta. De vez en cuando, alguno de los estudiantes que tenían en casa le había echado los tejos. Pero ella era demasiado joven y ellos tenían la cabeza en demasiados sitios a la vez como para que la cosa hubiese ido más allá de una mirada excesivamente atrevida al cruzarse por el largo pasillo donde se sucedían las habitaciones.

Hasta el día en que su madre le presentó a aquel muchacho, de modales serios y atuendo formal, que acababa de llegar de Reus para trabajar en La Canadiense. Él le dio la mano con una corrección casi arisca, pero detrás de aquella apariencia áspera, Teresa supo que aquel contacto tan breve, aquel fugaz roce de dedos, había sido suficiente para remover algo en el interior del recién llegado.

Desde ese mismo instante, ya no pudo quitárselo de la cabeza.

Era cierto que aquel Miquel Serra i Pàmies, de Reus, tan serio y enjuto, tan concentrado en sus números, tan rícano con las palabras, quizá no fuese el sueño romántico de ninguna jovencita. Pero, a su manera, ella lo encontraba tan guapo como Gary Cooper —aunque no se le parecía en nada, había algo en él que le recordaba al cowboy de la pantalla—. Y la enamoraba la pasión con la que hablaba de cualquier cosa, cuando se decidía a despegar los labios. Todavía no llevaba una semana poniéndole el plato en la mesa cuando Teresa decidió que lo quería. Que aquel hombre sería *su* hombre. Y que sería feliz compartiendo con él mesa y cama.





Aquel muchacho tan reservado como significado en política no se parecía en nada a lo que sus padres deseaban para ella. Pero Teresa podía ser terca como una mula cuando se le ponía algo entre ceja y ceja. Y Miquel se le había instalado allí, y más adentro. Después de unas cuantas conversaciones infructuosas, durante las que sus padres hicieron lo humanamente posible para hacerla cambiar de parecer —o para que, por lo menos, considerara otras opciones—, la madre, pequeña y vivaracha como ella, se levantó de la silla con un ademán de resignación. «¿Sabes qué te digo, hija? ¡Que a quien tiene que gustarle es a ti! O sea que si te ha robado el corazón el sin sustancia ese, ¡pues alabado sea Dios!»

No se había arrepentido de su elección. Ni una sola vez.

Lo que sí que había lamentado era que sus padres no hubiesen vivido lo suficiente como para ver con sus propios ojos hasta dónde había llegado el sin sustancia ese. ¡*Conseller* de la Generalitat, nada más y nada menos! ¡Amigo personal del *president* Companys! Si su madre hubiese podido comprobar la deferencia con la que la había tratado el *president*, las dos veces que había cambiado unas pocas palabras con él, quizá habría tenido otra opinión de *su* Miquel.

Aunque, por otro lado, casi agradecía que ya no estuvieran. Su padre no le habría perdonado nunca que vivieran bajo el mismo techo, como marido y mujer, pero sin pasar por el altar. «¡Como Dios manda!», habría insistido. A veces, Teresa piensa que a ella sí le habría gustado eso de vestirse de novia y llenar una capilla de flores y amigos. Pero conoce lo suficiente a su hombre como para imaginar cuánto le habría costado a él tener que pasar por el aro de los curas.

Y le basta con saber que, aun así, lo habría hecho si ella hubiese insistido.

Por suerte, nunca ha necesitado ni anillos, ni bendiciones.





Se conforma con que regrese cada noche a su lado, se siente a la mesa y le cuente cómo le ha ido el día. Con eso es la mujer más feliz del mundo.

Hoy, por cierto, está tardando más que de costumbre.

Teresa no puede sacudirse de encima aquella sensación de angustia. No quiere ni pensar en lo que habría hecho si Miquel se hubiese visto obligado a ir al frente, como los maridos de tantas amigas y conocidas.

Se habría vuelto loca.

Salta de la silla cuando oye el roce familiar de las llaves en la cerradura y corre a recibirlo.

Sólo con verle la cara sabe que le ha pasado algo malo. Lo abraza, sin decir nada, apoyando la melena roja contra su pecho de cowboy de cine.

Él la rodea con sus brazos y tarda un buen rato en reunir el ánimo necesario para empezar a contárselo todo.



Aunque Miquel le ha repetido tres veces los motivos a los que se agarra Moscú para exigir la destrucción de la ciudad, Teresa continúa igual de incrédula e indignada que al principio. En la mesa se enfrían dos platos medio vacíos de lentejas, que ha estado reservando todo el día para compartir con él. Pese al hambre que corre, ninguno de los dos ha tenido ánimo de llevarse nada a la boca.

—Están furiosos porque no convertimos la ciudad en un segundo Madrid —reflexiona él—. Piensan que la estamos entregando a los facciosos sin luchar.

Teresa no puede esconder su indignación:

—¿Sin luchar? ¡Pues que se lo cuenten a Lluïset, el de la señora Paquita, que se ha quedado en el Ebro con sólo diecisiete años! O al Peret, de la tienda. ¡Se lo han devuelto a su madre sin piernas! ¿No se ha derramado ya bastante sangre? ¡Pero si en Barcelona sólo quedan bebés y mutilados! ¿Con qué pretenden que la defendamos?





Miquel calla. Está de acuerdo con ella, aunque sabe que lo que dice no es del todo cierto. Hace dos años y medio, Madrid no tenía muchos más recursos que los que ahora tienen ellos cuando se empecinó en resistir, al precio que fuese, el avance de Franco. La gente se echó a las trincheras al grito de *No pasarán* y, milagrosamente, no pasaron. Con la misma capacidad de sacrificio de la capital española, Barcelona quizá podría repetir el milagro. Pero los tiempos que corren son muy distintos. Más de novecientos días de guerra y una derrota detrás de otra han cambiado demasiado las cosas.

Y los dirigentes, remata la reflexión con íntima vergüenza, tampoco podemos ya pedir más sacrificios a la gente. No hemos sabido estar a su altura. Nos hemos ensañado entre nosotros, incapaces de aparcarnos nuestras diferencias, mientras los facciosos cerraban filas tras su maldito Caudillo. Nadie nos cree ya, y nos lo merecemos. La culpa es sólo nuestra.

Otra vez la imagen de aquel soldado, mirándolo con odio y los brazos extendidos, presentando el fusil inútil.

No puede continuar fallándoles a quienes han confiado en él. No podría vivir bajo el peso de aquella vergüenza.

Pero antes de jugarse la vida, y quizá la de ella, siente que tiene que pedirle permiso. No sería justo hacer aquello sin que Teresa esté de acuerdo.

—Les he dicho que me encargaría yo —le confiesa, mirándola a los ojos—. Que ayudaría al capitán de ingenieros a buscar los mejores lugares para colocar las cargas.

Ella le mira sin poder creer lo que acaba de oír.

—¿Por qué? —consigue preguntarle al final.

—¡Para poder impedirlo, naturalmente! Todavía no sé cómo, pero no puedo permitir que destruyan la ciudad y acaben con tantas vidas. —Ve la esperanza en sus ojos y corre a detallarle los riesgos—: Será muy peligroso. No sé cuánto tiempo más podrán nuestras tropas



continuar deteniendo a los franquistas. Y mientras ellos no lleguen, yo tendré encima a un agente soviético. Un hombre muy peligroso, créeme. Si se entera de lo que pretendo, me hará fusilar... o me matará él mismo, según prefiera.

—¿Por qué estás tan seguro de que no confía en ti?

—Me lo ha dejado muy claro, al terminar la reunión. No hacía falta saber latín para verlo. Ese tipo es de los que no se detienen ante nada. Sé que nunca ha confiado en el PSUC, y aún menos en mí. Teresa... tengo miedo de lo que pueda llegar a hacer. Si me descubre, sus represalias no terminarán conmigo.

—¿Qué intentas decirme?

—Que es capaz de todo. Y que si cree que has tenido algo que ver, o, simplemente, quiere dar ejemplo, también irá a por ti. Si continúo adelante no es sólo mi vida la que está en juego, tienes que entenderlo.

Teresa se queda unos instantes muda. Mirándolo. Asimilando el alcance real de sus palabras. Su mundo son Miquel y la pensión. Le cuesta entender que existan personas capaces de lo que dice... a pesar de las bombas que le llueven cada día desde el cielo. Ella no ha deseado nunca ningún mal a nadie. Ni siquiera a los facciosos, que también tienen madres, esposas e hijas, y unos cuerpos igual de vulnerables que los suyos a las balas y las bombas. Quizá no tenga demasiadas letras, pero sabe escuchar y ver. Y también tiene memoria para recordar el verano del 36, cuando los anarquistas quemaban iglesias y se llevaban a montones de gente a la Carretera de les Aigües.

Gente que no volvía más.

Y no todos eran malas personas. A algunos los conocía personalmente y habría puesto la mano en el fuego por ellos.

Finalmente, se levanta, rodea la mesa y le toma la cara con ambas manos. Está orgullosa de él. Más, incluso, que el día que lo nombraron *conseller*.



Más que nunca, en realidad.

—Haz lo que tengas que hacer, ¿me oyes? Lo que haga falta para evitar esta barbaridad. Sólo te pido una cosa: por nada del mundo me dejes sola. Y si tienen que acabar fusilándonos, que sea juntos. Como lo hemos hecho todo hasta ahora.

Lo besa. Miquel se deja llevar por aquellos labios, cálidos y carnosos, que lo hechizaron desde el primer día y que deseó en silencio, hasta que ella acabó ofreciéndosele, una tarde de domingo en que todo el mundo había salido a pasear y él regresó temprano, harto de estar solo y de echarla de menos. Todavía se le eriza el vello cuando pasa por delante del rincón del pasillo adonde ella lo llevó para darle, de una vez, aquel beso que tanto anhelaba y que no se atrevía a pedirle.

La ama más que a nada. Si llegase a perderla, se pegaría un tiro en la sien sin dudarlo.

Y que tenga que ser él quien ponga su vida en peligro, y por voluntad propia... A veces, la vida tiene unos giros muy crueles.

